

«Kommunalka»
o el comunismo como forma de vida.
Hacia una topografía histórica
de la Unión Soviética*

KARL SCHLÖGEL

Universidad Europea Viadrina, Frankfurt/Oder

RESUMEN

El autor intenta mostrar las nuevas oportunidades que para el estudio de la historia soviética ha traído el derrumbe del imperio soviético. Karl Schlögel critica algunas viejas teorías y la construcción de modelos acusándolos de estar demasiado lejos de los hechos y de constituir reliquias de la Guerra Fría. A su vez, propone la investigación sobre la URSS desde el punto de vista de los estudios culturales (*Kulturgeschichte*), mas centrándose en nuevos objetos, sobre todo en torno a la vida cotidiana.

ABSTRACT

The author tries to show the new opportunities for the study of the Soviet history that the downfall of the Soviet empire has brought. Karl Schlögel criticises old theories and model shaping by finding them too far of actual facts and as a relict of the Cold War. He proposes research about Soviet issues from the point of view of cultural studies (*Kulturgeschichte*), focusing on new objects, about all on everyday life.

El mundo del Este, que una vez se llamó bloque del Este, ha de ser medido de nuevo. La desaparición del bloque ha transformado el espacio

* Una versión de este artículo sensiblemente más corta y con un título distinto se publicó en *Neue Zürcher Zeitung* 6/7. 4. 1996, 65-66; una versión rusa en *Rossica. Nauchnye issledovanija po rusistike, ukrainistike, belorusistike* 2 (1997): 1.1-16; otra versión en alemán apareció en *Historische Anthropologie* 3/1998: pp. 329-346.

entero de pensamiento y análisis. Más allá de dicho bloque se nos presenta una región historiográfica que no aparecía desde la perspectiva de un «Bloque del Este» definido en términos políticos, administrativos o militares. La desaparición de la gran frontera, que tan bien conocíamos, ha liberado la mirada en relación a las numerosas pequeñas fronteras de cuya existencia apenas teníamos idea. Ya no tenemos que habérmolas con el *homo sovieticus* sobre el que interrogábamos a los expertos en comunismo, sino con rusos, ucranianos, chechenos, abjazos, acerca de los cuales nos informa la etnología. Si queremos comprender por donde discurren los frentes, debemos de nuevo cultivar la geografía, ciencia que, en tiempos en los que sólo existían sistemas, había dejado de usarse. Comenzamos a entender que nuestro conocimiento del centro, donde antes se decidía todo, ha perdido su valor, y que casi no sabemos nada de regiones de las que ahora todo depende.

Con el sistema soviético se hundió también la soviología y con ella, aquella forma de pensar absorta únicamente en los sistemas. En el lugar de un sistema tenido más o menos por homogéneo aparecen espacios —geográficos, sociales, culturales, étnicos, religiosos. Con la desaparición del poder anterior ha desaparecido además su auto-representación ideológica, pero con ella lo han hecho también aquellas explicaciones que veían la clave del entendimiento del mundo oriental en la lectura de los manuales de materialismo dialéctico o de los comunicados del Comité Central¹. En ningún lugar resulta más acertado hablar de sistema como «reducción de la complejidad» que al ocuparnos de los «sistemas» orientales. Ahora se puede ver de nuevo la complejidad. Está claro que la despolitización y desideologización sólo pueden traer consecuencias positivas al trabajo histórico. Una formación y constelación que había llegado hasta nuestro presente, en la que y con la que habíamos vivido, se ha convertido en pasado. Ya le llamemos bloque del Este, socialismo real, comunismo, sociedad de tipo soviético o totalitarismo, el objeto se ha transformado ahora de *actual* en *histórico*. Las historias de algo son sólo narrables cuando se han convertido en pasado. La primera y más elemental condición para una historización del «fenómeno» se ha cumplido.

Nos estamos familiarizando con un presente para cuya apreciación no existe ningún órgano, y entramos en una historia para la que, hasta ahora, no había lugar en los libros de historia. Son las lagunas que ha dejado la guerra fría en nuestras cabezas.

¹ Nosotros hemos hecho un intento con «Sowjetmarxismus»: Einen “toten” Text neu zu lesen» en Fleischer, Helmut (Hg.), *Der Marxismus in seinem Zeitalter*, Leipzig 1994, pp. 57-76.

1. SIGNATURAS. LOS VALORES DE LA SUPERFICIE

La *habitación* de la que hablamos empieza cuando se ha dejado atrás el bloque oriental construido política y militarmente (cosa que también era), y se entra en lo que se denomina el mundo de la vida. Se entra en él, cuando se pasan de largo los poderosos portales del imponente edificio en el que habitaba la burocracia. Se ha hablado poco de él porque no merecía la pena, ni para los poderosos (allí) ni para los observadores del poder (aquí). A nosotros no nos interesan sin embargo los congresos del partido, en los que se ha querido ver de preferencia el «paso de la Historia», sino la vida de los seres humanos que transcurre entre ellos. El objeto es tan cercano a nosotros que corremos el riesgo de pasarlo por alto, y tan ajeno, que es casi de nuevo algo exótico. Hasta ahora ha sucumbido víctima de la división moderna del trabajo, en la que los reporteros y periodistas se ocupan del mundo de las apariencias, de las superficies y los sociólogos e historiadores del *ser* de las cosas, de lo que se esconde detrás. El resultado es conocido: la bibliografía sobre «la naturaleza del comunismo» crece inversamente proporcional al conocimiento de su mundo vital. Pérdida de la experiencia y construcción de modelos aparecen así como las dos caras de una misma moneda. La teoría, sin embargo, tiene algo que ver con «*theoria*», es decir, con contemplación. Debemos aprender de nuevo a creer en nuestros sentidos y devolver de nuevo a los fenómenos sus valores, por muy arriesgado que parezca. Pues el mundo de los modelos es claro, mientras que el de los fenómenos de la vida no. Si existen ahora secretos que airear, no son éstos los «secretos del Kremlin». Podemos por fin dedicarnos a resolver los enigmas que no se esconden detrás de ninguna fachada, sino que afloran abiertamente a la luz del día.

La Europa Oriental post-soviética nos ha dejado un grandioso montón de escombros, de formas culturales que se habían acumulado durante decenios y que ahora son dispersadas a los cuatro vientos en una especie de bazar post-moderno de la historia, como los gorros de los oficiales y los escáners térmicos delante de la puerta de Brandeburgo. Nuestros hallazgos son banales y corrientes: es la omnipresente cola, en la que los soviéticos dejaron escapar una gran parte de sus vidas, pero que no ha dejado huella alguna en la sociología o en la historiografía, al contrario que el «ML», sobre el que hay una interminable y redundante bibliografía². Se trata de «*kommunalka*», la vivienda comunal en la que generaciones de personas pasaron sus vidas y que se convirtió en la cuna del *sovietskii obraz yizni*, el *Soviet way of life*. Tenemos

² Como de costumbre, la literatura ha ido por delante de la sociología o de la historiografía, véase la novela de Sorokin, Vladimir: «La cola».

historias de las luchas del partido pero ninguna historia de la renuencia³, la única arma que le quedaba al koljosniki en su lucha contra el Estado. Tenemos ante nosotros el club de la empresa o del instituto, un lugar de la sociabilidad en una sociedad en la que los lugares de lo semipúblico desaparecieron para que se formaran otros nuevos. Conocido por todos es la plaza supradimensionada, cuya configuración ya dejaba claro que estaba destinada no para lo público, sino para la escenificación de lo público —desfiles, manifestaciones etc.—. Hay que pensar en la estética de las mercancías que no son mercancías, en un tiempo que no tiene precios y en un espacio del que nadie se siente responsable. Aquí hay que hablar también del viaje en tren, que nos hace evidente que el espacio que medimos se traga cada directiva del centro, y la deja sin efecto. Pienso en la muchedumbre y en la dura lucha en las entradas del metro, para cuya comprensión no tenemos por qué tener en la cabeza ningún «modelo socialista» si de verdad queremos comprenderlo, pues algo parecido hemos visto en El Cairo o en la Ciudad de México. Pienso en las comarcas y aldeas sin caminos que se vuelven inalcanzables en cuanto caen la nieve o la lluvia: un país entero más allá de la zona de validez de «la hora de Moscú». Todo turista recuerda el sentimiento de vacío experimentado al contemplar las grises superficies: era un mundo sin anuncios. Pensamos en el ritual festivo anual de mayo y de octubre, que al parecer tenía tanto que ver con la política, pero en realidad mucho más aún con el tiempo libre. Conocemos también el ambiente del poder, el zaguán del edificio de la administración con palmera, cuya tradición llega hasta los invernaderos de la época del zar Pedro. Pienso en las *babushki*, en los bancos delante de la entradas de los barrios de edificios prefabricados, el ojo vigilante de la aldea perdida en la ciudad. Naturalmente, se da por supuesta también la escenificación *musealizada*, inalterada desde hace cincuenta años, de «El lago de los cisnes» y la mirada furtiva al, por lo general vacío, palco del Zar.

Una lista como ésta parece confusa y caprichosa. Pero no es difícil conformar una enciclopedia sistemática de las formas del mundo vital soviético, como ya han comenzado a hacer Svetlana Boym en su trabajo sobre los mitos de la vida cotidiana en la URSS o Alexander Genis y algunos otros⁴.

El trabajo fenomenológico con una lista de este tipo apenas acaba de comenzar. Cada uno de estos hallazgos y cada uno de esos signos posee una compleja historia que de hecho, cuando es posible, puede ser reconstruida o

³ Sobre la renuencia de los *koljosniki* véase Fitzpatrick, Sheila: *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*, New York-Oxford 1994.

⁴ Boym, Svetlana: *Common Places Mythologies of Everyday Life in Russia*, Cambridge (Mass.), London 1994; Alexander Genis ha publicado hasta ahora ensayos sobre algunos *topoi* culturales —por ejemplo, *kujnia*—.

contada. Llegamos así a comportamientos o relaciones que son más viejos que los sistemas, los cuales vienen y van, y que pueden mantener en movimiento la vida cotidiana y la rutina y que aún pueden incidir cuando los sistemas políticos se han autodisuelto o, al revés, cuando hace tiempo que se han disuelto ya, aunque la esfera política parezca funcionar. Dichas observaciones tienen como objetivo objetos, lugares, temas que, en una terminología que se tiene por «pasada de moda», podemos comprender como *totalidad concreta* u *objetivización* de comportamientos, ya sea entre Estado y sociedad, entre comunidad e individuo, entre hombre y mujer o entre exterior e interior. Se convierten en significativos y esclarecedores como indicadores de aquello que caracteriza a una civilización, es decir, no un poco más o menos de «cultura», sino un concreto estilo, determinadas rutinas que han ido haciéndose cotidianas, comportamientos y relaciones de larga duración. Se trata de algo más que un ejercicio de semiótica cultural o de reflexiones sobre la estética del poder y de la vida cotidiana.

2. LA KOMMUNALKA COMO FORMA DE VIDA

En la historia del comunismo como una historia de los altos mandos no había sitio para los lugares por donde discurría la existencia cotidiana de los seres humanos. La vivienda comunal, la *kommunalka*, es sólo uno de ellos⁵. La *kommunalka* soviética contiene prismatizadas las condiciones de vida, tal y como fueron conformadas durante setenta años. Significaba, en el nivel de las condiciones de vida individuales, todas las rupturas y desarrollos en la sociedad. Era el lugar de la destrucción de las condiciones de vida burguesas, el espacio protector de la privacidad. Donde antes el mundo burgués tenía su espacio de expansión, después del reparto negro de viviendas en la guerra civil, se desarrolló la sociedad posrevolucionaria: la propiedad anterior, eventualmente, en un apartado; los obreros recién llegados y privilegiados, en el salón, el espacio mayor. La sociedad de la *kommunalka* refleja exactamente los cambios en el país: las habitaciones que se quedan vacías se refieren a la emigración o a la huída al campo en los tiempos del hambre; los recién llegados y la superpoblación, al flujo desde el campo después de la colectivización y al hundimiento de la vivienda en los años treinta. Su mobiliario y sus interiores son un museo, montado a partir de los restos del arruinado hogar burgués, quizás una biblioteca que existía antes, junto con los más nuevos prodigios que documentan la ascensión del obrero, el *patefón*, la bicicleta y

⁵ Leбина, Nataliia: «Kommunalnyj, kommunalnyj, komunalnyj mir», en *Rodina* 1997/1, pp. 16-20.

el cartel⁶. Ahora ya no se está nunca solo entre las cuatro paredes propias. La lucha por el mantenimiento de una especie de orden de la vida privada es casi inútil. Y sin embargo se constituye en escuela de la vida en común para muchos que han logrado llegar aquí desde la casa de la aldea. Es el lugar de la destrucción de la privacidad y del sentido comunal como tradicionalmente se ha entendido. Es un lugar de lucha permanente de todos contra todos y de los compromisos necesarios para la supervivencia. Es el lugar de la supervivencia de los *anteriores*, que están en peligro, y el lugar donde todos saben qué sucede cuando llaman a la puerta a las cuatro de la madrugada. Es el lugar de la disolución de un compacto mundo vital y de la formación de una «sociedad del flujo de arena», como Moshe Lewin ha llamado a la sociedad surgida del desarraigo y la urbanización de los años treinta⁷. La «kommunalka» es el micromundo de una sociedad transformándose en un amorfo social, perdiendo su estructura y diferencia, en la que la segregación y consolidación de *milieus* sociales y culturales es casi imposible. Sus interiores son panoramas de una sociedad en transformación. Junto a un mueble estilo imperio salvado por los pelos y una foto de familia de la época de San Petersburgo, en las vitrinas se encuentran la orden roja del trabajo, una postal de las vacaciones organizadas por el sindicato en Crimea y, quizás, también un piano nuevo de la marca «Octubre Rojo». Y existen también otros interiores completamente distintos, los de la alta sociedad de los años treinta, todos en el estilo art-decò estalinista.

Los dramas cotidianos de la *kommunalka* llenan la literatura rusa desde Sklovskii hasta Brodskii. Dichos dramas devoraban una gran parte de la energía necesaria para vivir. La *kommunalka* no ofrecía ningún punto de repliegue, y quien quiere estar en sí o entre sí debe huir hacia afuera, de ahí el significado —no investigado hasta ahora— de la *dacha* como lugar de escape e isla de la libertad. La *dictadura de la intimidación*, la camaradería, la *comunalidad* de generaciones, la desaparición de las formas de distancia, que en el tumulto de los cambios sociales y culturales no tenían oportunidad alguna de sobrevivir, tienen una génesis y un sentido completamente distintos a los descritos por Richard Sennet. Es un microcosmos en el que se puede estudiar la génesis de la *civilización* soviética⁸.

⁶ Sobre los iconos de la ascensión estilizados en la biografía de Stachanov, A.: *Mein Lebensweg*, Berlín, 1954.

⁷ Véase Lewin, Moshe en *The Making of the Soviet System. Essays in the Social History of Interwar Russia*, Nueva York 1985.

⁸ Garros, Veronique; Korenevskaya, Natalya; Lahusen, Thomas (Hg.): *Intimacy and Terror*, Nueva York 1995; Hellbeck Jochen (Hg.): *Tagebuch aus Moskau 1931-1939*, Munich 1996.

En pocas palabras: la *kommunalka* es un lugar tan central para la vida como la fábrica. Ningún problema de fuentes constituye excusa para su ausencia e inexistencia en la historiografía. Se trata de un objeto de estudio para el proceso de la destrucción y la creación de intimidad y esfera privada, para la ruralización de las ciudades y para la urbanización de las gentes del campo. Esto es, de un lugar central para los decisivos procesos que sacudieron a Rusia⁹.

Otro lugar sería la plaza pública. El análisis de las plazas públicas nos revelaría, si lo emprendiéramos, la historia de la relación entre sociedad y poder. Ésta comienza con la transformación de antiguos ayuntamientos en museos y finaliza en la transformación o en la nueva construcción de completos espacios urbanos¹⁰. La *musealización* de la Avenida Nevski nos habla sobre la paralización del distrito de negocios, de los bancos, del periodismo, de la cultura de masas y los espectáculos, sobre la transformación de un bulevar (que servía a la auto-representación urbana) en un circuito para manifestaciones tan pomposo como antes. El vacío de las grandes plazas, que una vez fueron plazas del mercado, crea distancia. La desaparición de los cafés dice algo sobre la disolución de la zona de contacto entre esfera privada y pública y la inmersión de la comunicación urbana en la soledad de individuos atomizados o sobre los lugares del tiempo libre organizado en el club o en el parque de cultura y recreo. La dimensión y la configuración del nuevo carácter de las plazas se puede descifrar como la emancipación del poder con respecto a la comunidad¹¹. En este orden de cosas se encuentran también hechos como la no existencia de guías telefónicas o directorios o de mapas exactos. Resulta interesante lo que ahora, en tiempos post-soviéticos, ha sucedido con esas plazas: una especie de secularización, desacralización, profanación y reurbanización.

⁹ El término *hiperurbanización* se encuentra sobre todo en Hoffman, David: *Peasants Metropolis. Social Identities in Moscow 1929-1941*, Ithaca-London 1994.

¹⁰ Es asombroso cuán poco la escritura de la historia de la Unión Soviética se ha ocupado de lo visible, es decir de los espacios construidos, las imágenes urbanas, las arquitecturas y cosas por el estilo. Y es asombroso también qué pocas historias de la arquitectura miran más allá de la arquitectura. De momento un principio en: Papernyi, Vladimir: *Kultura «Dva»*, Ann Arbor 1985; Tarkhanov, Alexei; Kavtaradze, Sergei: *Architecture of the Stalin Era*, Nueva York 1992; Noever, Peter (Hg.): *Tyrannie des Schönen. Architektur der Stalin-Zeit*, Katalog zur Ausstellung im Museum für Angewandte Kunst, Viena, Munich, Nueva York 1994.

¹¹ Un trabajo inspirador sobre este campo es, aparte del citado Papernyi, Vladimir; Groys, Boris: *Gesamtkunstwerk Stalin. Die gespaltene Kultur in der Sowjetunion* Munich 1988; véase también Günther, H. (Hg.): *The Culture of the Stalin Period*, Londres 1990; Matthew Cullerne Bown, *Kunst unter Stalin 1924-1956*, Munich 1991; Morozov, A. I.: *Koniec utopii. Iz istorii iskusstva v SSSR 1930-ch godov*, Moscú 1995.

Leningrado y Moscú en los años treinta —si se quiere considerar a éstos los años del nacimiento de la civilización socialista— son ciudades bien ordenadas y dispuestas sólo si se las retrata desde arriba, como en el famoso cuadro de Pimenov: una mujer con el fondo de un nuevo cruce de calles delante de la línea del horizonte del nuevo Moscú¹². Es la perspectiva de la alta sociedad. Desde otra perspectiva constituyen Moscú y Leningrado en aquellos años aglomeraciones de chabolas a las que los contemporáneos denominaban «Shangai», punto de llegada de un movimiento de huida del campo a la ciudad sin parangón alguno, incontrolable, impreciso, caótico, un lugar para desaparecer, todo lo contrario a la bien organizada metrópoli que preveía el plan general de 1935¹³.

Al tratar de determinar la topografía de los mundos vitales soviéticos nos interesan solo los lugares visibles, sino también las coordenadas de los espacios espirituales o socioculturales, que se definen mediante los juicios sobre el bien y el mal, sobre lo feo y lo hermoso, sobre lo justo y lo injusto, sobre igualdad y desigualdad, sobre riqueza y pobreza. Necesitaríamos una historia del gusto, de la alta cultura y de una cultura de masas barnizada de *proletarismo*, del *kitsch* revolucionario. Necesitaríamos una historia de las subculturas —S. Frederick Starr lo ha hecho excelentemente con la historia del Jazz soviético¹⁴— que no empiece sólo con los disidentes, una historia del escapismo, y dentro de ella de la cultura de la *dacha*. Necesitaríamos una historia del *apañárselas*, que sea complementaria a la del fracaso de la planificación, y del *blat*, sin el que no es posible explicar el funcionamiento de una burocracia que no funcionaba. Necesitaríamos una historia del mercado negro, sin el que tampoco hubiera funcionado nunca aquella economía de ordeno y mando, y una historia del *milieu* de la alta sociedad estalinista, sus *asociaciones de té* y *cultura del lago de los cisnes*, de carreras de caballos en el hipódromo de Moscú y vacaciones en Crimea, así como de las niñeras heredadas de la antigua elite, las cuales, como en tiempos prerrevolucionarios, eran a menudo el único lazo de conexión con el mundo del común de los mortales allá afuera¹⁵. Necesitaríamos historias de las grandes obras que

¹² Un material ejemplar mostró la exposición en Kassel en 1994: *Agitation zum Glück, Sowjetische Kunst der Stalinzeit*, Ausstellung Kassel, Bremen 1994; añádase a esto el simposium Gorzka, Gabriele (Hg.): *Kultur im Stalinismus. Sowjetische Kultur und Kunst der 1930er bis 50er Jahre*, Bremen 1994.

¹³ Una reciente aportación Colton, Timothy J.: *Moscow. Governing the Socialist Metropolis*, Cambridge (Mass.), London 1995.

¹⁴ Starr, S. Frederick: *Red and Hot-Jazz in Rußland von 1917-1990*, Viena, 1990.

¹⁵ El cosmos que aquí tan sólo mencionamos es fácil de descubrir en algunas memorias. Ha sido hasta ahora pasado de largo porque no había interés alguno en ello. Es necesario, junto al descubrimiento de nuevas fuentes, también una nueva lectura de textos ya leídos a menudo.

se llevaron a cabo por medio del entusiasmo y del terror¹⁶, y de las biografías a las que se puso término mediante las purgas o que sólo por ellas fueron posibles. Necesitaríamos una historia de la moda, el más elástico mediador del espíritu de la época según Benjamin¹⁷, y una historia de las historias de éxito de las estrellas y héroes de la época estalinista, es decir, de las imágenes principales que hicieron escuela, actrices, miembros de la Academia, comandantes militares, violinistas y aviadores¹⁸. ¿Qué sabemos de lo sucedido en el campo cuando no tenemos una historia de Voronez o de Nishnii Novgorod? ¿Y qué sabemos sobre el odio, la resistencia, la huelga pasiva por parte de la población campesina si sólo leemos los informes de éxito de los *colectivizadores*?¹⁹ Tales historias, si llegaran a ser verdad, debieran informar de la simultaneidad de lo aparentemente incompatible: de la entronización de Pushkin como un *super-yo* cultural-literario en el año del terror de masas o de la apertura del Parque de Cultura y Recreo —esa versión soviética del Parque de Atracciones— justo en el momento de los grandes procesos²⁰.

Todo esto no es la vida más allá de la gran Historia, marcada por la Guerra, la guerra civil, las deportaciones, los asentamientos forzados, los campos de concentración y de nuevo otra gran Guerra. La huella de la violencia está presente en todos los fenómenos. Las formas de vida son casi siempre formas de supervivencia. Las apreturas y la composición de la *kommunalka* es la apretura de los «anteriores» y de los nuevos, los restos de los antiguos peterburgueses y la corriente de los desarraigados del campo, del pueblerino con

¹⁶ Kotkin, Stephen: *Magnetic Mountain. Stalinism as a civilisation*, Berkeley, Los Ángeles-London 1995, pero también Löhmann, Reinhard: *Der Stalinmythos. Studien zur Sozialgeschichte des Personenkultes in der Sowjetunion (1929-1935)*, Münster 1990 und Maier, Robert: *Die Stachanow-Bewegung 1935-1938*, Stuttgart 1990; también la colección de ensayos sobre el estalinismo como fenómeno socio-psicológico en *Osmyslit klut Stalina*, Moscú, 1989.

¹⁷ «El más ardiente interés de la moda reside para los filósofos en su extraordinaria anticipación (...) Cada temporada trae en sus más nuevas creaciones alguna señal secreta de las cosas por venir. Quien supo leerlas conoció con anticipación no sólo las nuevas corrientes del arte sino también los nuevos códigos de leyes, las guerras y revoluciones. Sin duda reside aquí el gran atractivo de la moda, pero también la *dificultad para hacerla fructífera*», Benjamin, Walter: *Das Passagen-Werk*, en *Gesammelte Schriften* Bd. V. 1, Frankfurt/Main 1982, p. 112.

¹⁸ Por otros motivos historiográficos muy distintos es la historia de los grandes virtuosos, de las estrellas del escenario y la pantalla de las mejores investigadas. Se trataba de un género que en la historiografía soviética, por motivos fundamentales, no existía: la biografía, más concretamente la biografía de las estrellas.

¹⁹ Rittersporn, Gabor T.: «Das kollektivierete Dorf in der bäuerlichen Gegenkultur», en: Hildermeier, Manfred (Hg.): *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg. Neue Wege der Forschung*, Munich, 1998, pp. 147-168.

²⁰ Sobre ello Schlögel, Karl: «Der Zentrale Gor'kij-Kultur und Erholungspark (CPKiO) in Moskau. Zur Frage des öffentlichen Raums im Stalinismus», in Hildermeier, Manfred (Hg.): *op. cit.*, pp. 255-274.

éxito social y de la familia de la *intelligentsia* escapada por los pelos. La violencia dejó su huella en las distorsiones de la secuencia generacional, en la falta de hombres y en la feminización de la sociedad soviética, una peculiar emancipación forzada que cargó a las mujeres con más de la mitad del cielo. La violencia asoma en los poemas de *El siglo de los lobos* de Ossip Mandelstam, en las familias, todas las cuales tuvieron sus caídos, sus «enemigos del pueblo», sus parásitos, asesinados, *deskulakizados*, desaparecidos en los campos o incluso guardianes de ellos. La violencia vuelve de nuevo en las conversaciones indirectas y codificadas, en la amplia corriente del argot de los campos, que al mismo tiempo renovó y corrompió el lenguaje. Se hace presente en el silencio y en la extenuación²¹.

Lo que hace la historia tan increíblemente difícil es que se trata de una historia del éxito y del fracaso, del surgimiento y del colapso, del entusiasmo y de la desmoralización, de los culpables y de las víctimas, a menudo también de los culpables que se convirtieron en víctimas o de las víctimas que llegaron a ser culpables, y sobre todo, que se trata de una historia de aquellos que —sea por casualidad o no— no fueron ni una cosa ni la otra²².

Desde esta perspectiva no tiene ningún sentido contraponer a la historia de arriba una historia de abajo. Y no tiene ningún sentido contraponer la historia de la vida cotidiana a una historia de los grandes hechos²³. Se trata sencillamente de lograr un distinto nivel de discusión, de intentar una «redimensión del campo de estudio» y de integrar lo que en la propia vida sólo existe de por sí unido. La historia del estalinismo se transforma así en historia de una civilización, como ha mostrado Stephen Kotkin en su estudio sobre Magnitogorsk. Lo que a muchos pudiera parecer la retirada desde una historia política hacia una «apolítica» y pretendidamente benévola historia cultural, es en realidad el avance hacia una historia que, por fin, acaba por unir ambas: la gran política y el mundo de la vida diaria, la *longue durée* y la catarata de acontecimientos, los altos mandos y la situación de la mayoría de la pobla-

²¹ Enérgicamente descritos por Solschenizyn, Alexander: *Archipel Gulag 1918-1956, Versuch einer künstlerischen Bewältigung*, Bde. 1-3, Bern 1974-1976; véase también Heller, Michael: *Stacheldraht der Revolution. Die Welt der Konzentrationslager in der sowjetischen Literatur*, Stuttgart, 1975.

²² Descrito de la forma más creíble por Kopelew, Lew: *Und schuf mir einen Götzen. Lehrjahre eines Kommunisten*, Munich 1981. En lo que se refiere a la historia desde el punto de vista de quienes no fueron ni culpables ni víctimas, resulta todavía muy adecuado.

²³ Una moderna historiografía de los años treinta y cuarenta soviéticos podría aprovecharse extraordinariamente de una historia de la vida cotidiana que hace tiempo que ya ha dejado atrás la oposición esquemática entre vida cotidiana y acciones oficiales o de Estado. Véase Schulze, Winfried (Hg.): *Sozialgeschichte-Alltagsgeschichte-Mikrohistorie*, Göttingen, 1994.

ción. El resultado es probablemente no una historia distinta por completo, sino una que ya conocemos, bajo otro aspecto más plausible. La exploración de un campo que hasta ahora estaba cerrado —o que era ignorado— resulta la condición primordial para ello.

Cómo puede realizarse algo así, lo vemos mejor por medio de ejemplos y modelos. El intento de Walter Benjamin de abarcar en *Passagenwerk* la capital del siglo XIX, es decir, descifrar la época burguesa en su más poderosa versión, es también una gran inspiración para el trabajo sobre una capital del siglo XX: *Moscú 1937*²⁴.

Resulta difícil hablar de «sociedad» cuando se miran con atención los hechos. Más bien sería un cosmos, una mezcla de agitadas, completamente diferentes, desconectadas sociedades y entornos sociales (*milieus*), provincias, ciudades etcétera, que llevan a contemplar conceptos como «sociedad soviética» o «clase» como meros constructos²⁵. No homogeneidad, sino heterogeneidad, coexistencia de premodernidad y modernidad, no claridad y planificación sino confusión y caos, podrían describir la realidad más ajustadamente. Porque las sociedades viven a largo plazo no de la perspectiva del futuro ni siquiera de visiones, sino a través de la superación del aquí y ahora, su modo de vida no resulta ser una estrategia de futuro, sino un *auto-apañarselas*, un auto-ir tirando, la improvisación que dura toda la vida, también a través de la aceptación de órdenes con las que, en realidad, no se está de acuerdo. Y ambos lados lo saben.

El replanteamiento del campo de estudios en un sentido de historia de la civilización no nos lleva a pensar que poder e ideología, como signos centrales del comunismo soviético, constituyan tan sólo «factores entre otros», sino que se impone más bien una reubicación. El poder encuentra sus fronteras en la arbitrariedad de la sociedad que no se deja gobernar sin resistencia²⁶. La construcción de sociedades no sigue la periodización de los planes ni el intervalo entre congresos del partido sino que tiene su propio ritmo. La historia sólo sigue un plan maestro en las cabezas de su autodenominada vanguardia, pero lo que es más asombroso es que dicha creencia sea compartida también por muchos de sus más enérgicos críticos. Violencia no es sólo un símbolo de poder sino también un indicador de impotencia. Si unimos todo esto obte-

²⁴ El autor del presente artículo está trabajando en un libro con tal título.

²⁵ Sobre lo «construido» y lo artificioso de las «identidades de clase» véase Haimson, Leopold H.: «Civil War and the Problem of Social Identities in Early Twentieth-Century Russia», en Koernker, Diane P.; Rosenberg, William G. and Suny, Ronald Grigor (Hg.): *Party, State, and Society in the Russian Civil War*, Bloomington/Indianapolis 1989, pp. 24-50.

²⁶ Rittersporn, Gabor T.: «Das kollektivierte Dorf in der bäuerlichen Gegenkultur», en: Hildermeier, Manfred (Hg.): *Stalinismus vor dem Zweiten Weltkrieg. Neue Wege der Forschung*, Munich 1998, pp. 147-168.

nemos una imagen que tiene poco en común con la imagen del poder absoluto como un poder total. La historia del comunismo soviético nos permite hablar menos de los planes que de su fracaso. Así, cada vez más, la historia del plan contiene ya la de lo no planeado, lo no previsto en el plan, incluso lo que va en contra de él. El fetichismo del plan no es en realidad una prueba del funcionamiento del plan sino de su fracaso.

Podemos dejar descansar por algún tiempo el discurso sobre poder e ideología y sondear por una vez el campo en que todo se desarrollaba. Hay que contar muchas historias todavía. Y cuando las tengamos veremos lo que sale de ellas, sin construcción de una lógica o de un objetivo final. Cambiamos así los cómodos resúmenes, las historias derivadas de manuales de materialismo dialéctico y directivas del partido por una desesperadamente complicada y confusa historia. Pero la ganancia es una historia como historia y no una historia como producto cerebral, nacida de la cabeza de Lenin.

3. FINAL DEL COMUNISMO, VIEJAS PETICIONES

En una historia del comunismo desde una perspectiva de historia de la civilización se disuelven muchas antinomias y falsas oposiciones que, hasta los últimos años, han dominado el campo, especialmente las de la historia social y política, las de la teoría del totalitarismo y de la modernización, todas las cuales en cierta manera habían llegado a un callejón sin salida²⁷. No existe ya motivo alguno para unirse a las antiguas oposiciones. Lo más asombroso es que el final del comunismo ha revivido viejas controversias.

El final de una época fue no sólo la hora de necesarias reflexiones sino también la del ajuste de cuentas y del *yo-tenía-razón*. En una edición especial de la revista *The National Interest* del año 1993, con el título «The Strange Death of the Soviet Communism: An Autopsy» sostuvieron Richard Pipes, Martin Malia y Robert Conquest, importantes historiadores de Rusia y de la URSS, una polémica crítica a una escuela a la que tacharon globalmente de *revisionista*. Pipes pensaba que «el hundimiento del comunismo en Rusia ha dado un golpe a la comunidad revisionista del que difícilmente se

²⁷ Una perspectiva del estado de la cuestión en Barberowski, Jörg: «Wandel und Terror: Die Sowjetunion unter Stalin 1928-1941. Ein Literaturbericht», en *Jahrbücher für Geschichte Osteuropa* 43 (1995), pp. 97-129; Baur, Johannes: «“Großer Terror” und “Säuberungen” im Stalinismus. Eine Forschungsübersicht», en *Zeitung für Geschichte* 1997, pp. 331-348; Hildemeyer, Manfred: «Interpretationen des Stalinismus», en *Historische Zeitung*, 264 (1997), pp. 655-674; Wehner, Markus: «Stalinistischer Terror. Genese und Praxis der kommunistischen Gewaltherrschaft in der Sowjetunion 1917-1953» en *Aus Politik und Zeitgeschichte*. B 37-38/96 (1996), pp. 15-28.

podrá recuperar». También fue él quien hizo de Fernand Braudel el bisabuelo del revisionismo, y de la *longue durée* su pecado original. Martin Malia reconstruyó en su artículo «La lógica fatal» el ascenso y la caída del modelo del totalitarismo y vió en la escuela de la modernización y la historia social la causa de una evolución errónea en el análisis de la Unión Soviética. «El comunismo soviético debía haber sido la gran prueba para las modernas ciencias sociales, pero la utilización de sus categorías sobre la realidad soviética trajo más confusión que claridad. Así, el fracaso de la soviología debiera abocar quizá a una revisión de sus métodos». Finalmente, Robert Conquest atacó a la izquierda intelectual y académica, desde los compañeros de viaje de los años treinta hasta el neo-marxismo de los años sesenta, a los que se atribuía el haber ejercido una «destrucciona influencia en la investigación seria sobre la URSS»²⁸. Es éste un tono áspero, especialmente si pensamos que se trata de científicos que, a la vista de sus reputaciones y merecimientos, aparentan ser tranquilos. Sin problemas puede encontrarse, en el tono chillón de la disputa académica en torno a la soviología, el ruido de armas de los campos ideológico-políticos de la Guerra Fría, quizás también un poco agudizado por el conflicto de las escuelas académicas y las generaciones. Suena como una broma cuando la escuela tradicionalista reclama para sí sola haber previsto «el fin del comunismo». Sucedió lo que desde los presupuestos de la escuela de la teoría del totalitarismo estaba totalmente excluido: la evolución de una *contrasociedad* en la propia sociedad totalitaria y la *autodescomposición* del poder. Mijail Gorbachov no era Joseph Goebbels, como el canciller federal alemán —todavía en consonancia con el *main stream* de los teóricos del totalitarismo— pensaba. Quizás se pudiera encontrar el escándalo teórico en un lugar totalmente distinto: no en el hundimiento del comunismo, que había sido diagnosticado hacía largo tiempo, sino en no haber visto las nuevas fuerzas surgidas de dicho hundimiento y que habían llevado a él.

Sin embargo, al contrario que el *Historikerstreit* alemán, que bloqueó el trabajo posterior, la disputa de los historiadores americanos en los años ochenta abrió un nuevo campo de trabajo. Es mérito indudable de los llamados *revisionistas*, que hacía largo tiempo que no se contentaban con el modelo del Estado totalitario formulado por Zbigniew Brzezinski y Carl Friedrich: dominio total de un solo partido, empleo intimidatorio de la policía secreta, control total de los medios de comunicación de masas, economía centralizada. La sociedad soviética no debía ser analizada siguiendo un tipo ideal desarrollado como contra-modelo de la sociedad liberal, sino teniendo

²⁸ Los citados artículos se encuentran en el número especial de *The National Interest* 31, Spring 1993.

en cuenta sus propias condiciones. La monstruosa violencia del sistema no debía derivarse únicamente de las características personales de Stalin o del poder de una idea. Debían ser analizadas las fuerzas impulsoras que contribuían a la estabilidad del régimen, los elementos de un consenso sin el que incluso un régimen terrorista no puede mantenerse en el poder durante mucho tiempo. Se trata finalmente de una *desdemonización* e historización del «fenómeno» y de su ordenamiento dentro de la historia del mundo moderno, de la patología de un movimiento de modernización secular. No se trata, al fin y al cabo, de otra cosa que de lo que, en la investigación sobre el nacional-socialismo, hace tiempo que ha hecho escuela: escaparse de simples modelos de explicación de la seducción y hallar los motivos que para el apoyo de masas aquel *régimen de violencia* encontró en determinados momentos. A los trabajos publicados desde el final de los años setenta por Sheila Fitzpatrick, Moshe Lewin, Anne Russweiler, Lynn Viola, Richard Stites, Gabor Rittersporn y otros debemos agradecer el habernos dado una idea de la rápida movilidad hacia arriba de la sociedad postrevolucionaria y de la historia de la formación de las elites estalinistas²⁹. La historia de la época de Stalin dejó de ser una historia de la acción del Estado y pasó a convertirse en una historia de la reacción a la resistencia y renuencia de la sociedad. El mismo *Gran Terror* dejó de ser una malvada maquinación y se ganó el apelativo de «guerra civil virtual»³⁰. Las utopías de la Rusia posrevolucionaria no dejaron de ser denunciadas como meras proyecciones de intelectuales y pasaron a ser en parte interpretadas como la expresión de un sentimiento de crisis utópico-milenarista entre el pueblo³¹. ¿Y no estaban operando muchos de los procesos adjudicados a la «esencia del comunismo» por todos lados, especialmente en los llamados países en vías de desarrollo del mundo poscolonial?

Probablemente resultaba en principio inevitable (como contra-reacción) que la historiografía de tendencia histórico-social acentuara aquellos aspectos que habían sido dejados de lado hasta entonces, por lo que pudo dar la impresión de que se quería «una historia sin política, sin ideología, sin terror» (Geoff Eley). Pero no es posible mantenerla tras los trabajos de los últimos diez años, como no es posible tampoco mantener la acusación de

²⁹ Fitzpatrick, Sheila (ed.): *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931*, Bloomington/Ind. 1975; *ibid.*, «Stalin and the Making of a new Elite, 1928-1939», en *Slavic Review* 38 (1979), H. 3, pp. 377-402.

³⁰ Rittersporn, Gabor Tamás: *Stalinist Simplifications and Soviet Complications. Social Tensions and Political Conflicts in the USSR 1933-1953*, Chur 1991.

³¹ Stites, Richard: *Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, New York, Oxford 1989; *ibid. Russian Popular Culture, Entertainment and Society since 1900*, Cambridge/Mass, 1992.

que la parte opuesta no presta atención a los «factores sociales»³². ¿Por qué entonces tanto ruido?

Esta controversia tiene mucho de tiro al pim-pam-pum, como es corriente en los combatientes de la retaguardia. La conclusión es que la oposición o aun la confrontación de política e historia social ha conducido a un callejón sin salida y que, en interés de la materia, dicha oposición debe ser resuelta a través de una salida más compleja. Las oposiciones elaboradas en el discurso historiográfico de las últimas décadas —pequeña historia *versus* gran historia, *longue durée*/historia factual, historia desde arriba/historia desde abajo— se han entrelazado, en lo referente a la historia del comunismo, con la formación de los campos de la guerra fría. Si alguien se quiere mantener en aquéllas, esto tiene menos que ver con la disciplina en sí que con la continuación del pensamiento de bloques después del fin de los bloques ideológicos. Lo que permanece es la solución de un problema. Las dicotomías, que son científicamente improductivas, se disuelven. No siempre se tiene que abogar por esto o contra aquello, sino que se puede uno limitar al análisis de su contexto allí donde efectivamente existe: en los fenómenos del mundo vital, que pueden ser descifrados en un análisis de historia de la civilización o de la cultura.

4. EL DISCURSO DE LA MODERNIDAD ANTE EL LUGAR DE LOS HECHOS

El fin del comunismo ha liberado fuerzas que sólo ahora pueden desplegarse, ya fuera porque su instinto reprimido puede finalmente desfogarse, o bien sea porque parten de los progresos civilizadores que, *pese a todo*, trajo la época. La situación es en general de sobrecarga, especialmente para la conciencia histórica y el saber histórico post-soviéticos. Sólo que a menudo sucede lo que ocurre en tales situaciones: se huye hacia lo sencillo, hacia las grandes narraciones, hacia los conceptos aparentemente ya existentes, los cuales sólo hay que tomar ya preparados. A veces, también, se huye hacia un punto de referencia de cuando el mundo parecía aún intacto. La historia, que debe ser reescrita, se convertirá a menudo en escenario alternativo para las

³² Aportaciones importantes en dicha controversia: Editorial de Allan Wildenman: «Geof Eley, History With the Politics Left Out-again?»; Kenez, Peter: «Stalinism as Hundrum Politics»; Meyer, Alfred G.: «Coming to Terms with the Past... and with One's Older Colleagues»; Fitzpatrick, Sheila: «Afterword: Revisionism Revisited» — todos editados en *The Russian Review*, 45 (1986), pp. 395-413; véase también Malia, Martin: «From Under the Rubble What?» en: *Problems of Communism* 41 (1992) H. 1-2, pp. 89-106.

luchas ideológicas del presente. Así, tenemos una ola de nuevos debates sobre Este y Oeste, sobre lo que Europa debe ser, sobre el alma rusa y sus propiedades, una regresión a lo ideológico y lo historiosófico, mientras se deja intacto el frágil material que la época ha ido amontonando³³.

Lo que hoy constituye la Europa más al Este es lo que ha llegado a ser en el siglo XX, y no se va a clarificar mediante la referencia nostálgica a las situaciones prerrevolucionarias o presoviéticas, pero tampoco conjurando a un futuro que sólo dice algo sobre nuestros deseos. Tenemos que adentrarnos en el material que nos ha sido legado y no debemos desviarnos en el antes o el después.

Las oportunidades y posibilidades son, pese a todos los imponderables y las inseguridades, extraordinariamente grandes si pensamos en los archivos y los materiales que nos estaban vedados y que, en gran medida, son ahora accesibles. Lo que generaciones enteras de investigadores dentro o fuera del mundo soviético sólo podían soñar es hoy posible. Comenzamos con lo más urgente: contamos los muertos, y obtendremos con el tiempo una imagen que, seguro que sin ser totalmente distinta, resultará en muchos aspectos más rica y clara. Se trata no sólo de los archivos, naturalmente, sino de la generación de una perspectiva del proceso de civilización que permita leerlo. No se debe ser demasiado optimista, pero hay suficientes señales de que con la distancia de la época crece también la enajenación, una condición necesaria para el interés y el conocimiento de lo que antes no tenía significado. Ya hoy vagabundean los arqueólogos del poder y el saber entre las ruinas del mundo soviético; un escenario que se ha hundido emerge de nuevo preparado por el irónico juego de los conceptualistas y los realistas socialistas de Moscú: el *flâneur* de Benjamin.

A la retórica del desvío del material acumulado pertenece la referencia al «retorno a Europa» que, naturalmente, va dirigida a los europeo-orientales. La Europa más al Este no tiene por qué regresar a Europa, puesto que ésta estuvo siempre allí, incluso en la zona de sus mayores conflictos y violencia. Debiera decirse más o menos algo así: la Europa occidental, a la que tan bien le ha ido todo, haría bien en echar un vistazo a la zona en la que el siglo XX, en sus versiones alemana y soviética, se mostró más terrible. Si se quiere saber lo que Europa ha sido en este siglo, cómo se llegó a lo que es hoy, entonces la región más oriental es la que está predestinada para ello y el terreno más necesitado de explicación.

Esto es más fácil decirlo que llevarlo a cabo. Significa imaginarse una historia que está más allá del horizonte acostumbrado, que es en cierta mane-

³³ Geyer, Dietrich (Hg.): *Die Umwertung der sowjetischen Geschichte*, Göttingen 1991; *Istoricheskie issledovaniiia v Rosii. Tendencii poslednych let. Sbornik statei*, Moskau 1996.

ra el punto más desolado, la región marcada por los cementerios de masas, los campos hundidos y las ciudades arruinadas y más allá del tiempo acelerado en que se halla el mundo trasatlántico. Es el punto en el que se debe abandonar toda esperanza porque no hay ningún lugar de escape, ninguna Lisboa, ninguna Marsella. No había ninguna posibilidad de huida de las ciudades entre los frentes —Lwów, Wilno, Pisk. En el terreno oriental se hacen difíciles las diferenciaciones claras y seguras: para muchos la deportación hacia Karaganda significó la salvación de Auschwitz. Hay personas que deben su supervivencia a la ración de azúcar del Gulag, cuando si hubieran sido libres hubieran reventado de hambre como otros millones. Hubo liberaciones que fueron ocupaciones y ocupaciones que significaron la salvación. Todo lo que el siglo XX tenía para ofrecer, ha sido experimentado aquí: una cultura civil que se mostró demasiado débil; Estados nacionales que se hundieron en la miseria del nacionalismo mezquino; una modernidad que llegó hasta allí con grandiosos ejércitos, comandos de la muerte y un *Plan General del Este*. Es el escenario de los grandes movimientos humanos de la historia moderna: en formaciones armadas, columnas de deportación, reasentamientos, expulsiones que llevaban de una parte de Europa a la otra. Las huellas que el huracán de la destrucción ha dejado tras de sí resultan, aún hoy día, visibles por doquier.

Se estaría tentado de huir de esta historia; el hacerla presente no es ningún viaje turístico sino una exigencia en la que uno se puede volver loco. La prueba de fuerza de lo que el destino de la modernidad haya sido yace, probablemente, en la zona que largo tiempo fue para nosotros como la cara oculta de la luna. Ahora está abierta y es practicable: ¡*Hic Rhodus, hic salta!*.

[Traducción: José M. Faraldo].